

La escritura como comunión

Verdad de Perogrullo: somos una multitud. De entre esa multiplicidad de yo es destaca uno: un modo de ver y ser dominante, producto de las circunstancias, la experiencia individual y la propia elección.

Pero ser lo que uno predominantemente es todo el tiempo, cansa. El hombre predominantemente triste quisiera ser ese hombre alegre que, en posición subordinada, también es, y que ve realizado en otro. Quisiera, entonces, salir del centro de sí mismo, para vagar en la periferia de su ser. Y ver el mundo desde la nueva perspectiva que los márgenes de su ser le brindan.

La cuestión no es fácil. Llegado a este punto, el hombre se tensa. Dos fuerzas tiran de su espíritu. Algunos pueden cambiar de manera abrupta; otros, poco a poco: negociando consigo mismos, haciéndose concesiones.

En este trance, en este conflicto, el sujeto se niega más de tres veces y, luego, se arrepiente, se disculpa. Se condena y absuelve. O sigue adelante sin regresar a ver: seguro ya no de lo que es, sino de lo que quiere ser, aunque sea de modo transitorio.

Esta lucha, creo, es la que se evidencia en “Como la Vida”, el último



Doble sentido

libro de Fabián Guerrero. Algunas características de su poesía anterior se mantienen. Entre estas, el recurso a las formas breves: al poema corto y al micropoema. Se mantiene, también, la economía de palabras. Pero cambian, en ciertos poemas, la perspectiva del yo poético y la naturaleza de la imagen.

Al yo angustiado y desolado de sus libros anteriores, se opone un yo contemplativo: sereno. La contemplación es disolución en lo contemplado. De ahí, la similitud de varias de las composiciones de este libro con formas características de la poesía oriental como el haiku.



⇄
Doble sentido

Ya en el título del libro, se anuncia la nueva perspectiva. “Como la Vida”, frente a “Las Partes” y a “Zanja”, quiere decir totalidad frente a fragmentación, flotación frente a hundimiento, unidad frente a dispersión.

El poeta, ahora, no quiere separarse ni hundirse. Quiere ser uno con el mundo contemplado. No siempre lo consigue, porque su yo poético anterior se impone, y lo separa, otra vez, del mundo; que se vuelve, así, nuevamente objeto. No se olvide que la angustia expresa, en el individuo, la conciencia de su soledad total, de su radical separación de los otros seres y del orbe que lo sostiene y envuelve. Cuando, en medio de la contemplación, la angustia irrumpe, la expectativa inicial se quiebra. El poeta no consigue ser uno con lo que ve. Y, más aún, se opone fieramente a ello. Se distancia y singulariza recurriendo a los modos de su anterior poesía: a la imagen que choca y perturba:

XXXII

Un paso en falso
Sobre las piedras falsas.
Rutina de matadero.

CLXI

Costra sobre costra
La mano del poeta
Descascara.

Otras veces fluye: parte ya de la corriente de la vida. No como en la vida, sino en la vida. En estos casos, el poema no es nada más - igual que el haiku- que reafirmación de lo que existe: constatación pura, sin intención ulterior ni comentario:

XXIV

Una mariposa amarilla se posa
Sobre el pasamanos pintado de oscuro
Y en seguida reanuda su vuelo.

XCIX

Un perro ladra sin cesar
Una y otra vez
Ladra.

Conservando la forma mínima, el poeta expresa su desasosiego frente al cambio, a la mudanza que experimenta como irreversibilidad, muerte y deterioro. Pero muchas de las imágenes utilizadas para

expresar este desasosiego son imágenes sobrias, contenidas, como se advierte en el poema que citamos a continuación:

CXVI

Es un ruido de reloj destartado
Que crece
Conforme avanza la noche.

Se trata de un poema sobre la conciencia exacerbada del tiempo que surge de la soledad: la experiencia del desierto; porque la noche no es otra cosa - "como la vida"- que tierra baldía.

El sentimiento de tierra baldía -yo mismo lo había señalado en un artículo anterior sobre la poesía de Fabián Guerrero- es una constante de su creación. No hay contemplación aquí. No hay fusión, sino separación, agravada por una excesiva conciencia del yo, que vuelve y vuelve sobre sí mismo, incapaz de comunicarse. El poema LXXX nos da la imagen de la incomunicabilidad esencial de nuestra experiencia:

En toda rama que canta
El ave errante
Canta para sí misma.



Doble sentido

La característica definitoria de los hombres y los seres en el mundo es el desarraigo. Y la vida, en el fondo, es un intento fracasado por arraigar, por encontrar un espacio firme de sustentación:

CXI

La rama se rompe
 Cuando más intenta
 Sujetarse al árbol.

El desarraigo lleva a la erranza. Y la erranza es, también, un fracaso. Un inacabable vagar en círculo. Un transitar sin esperanza en el mitológico laberinto, del que no hay escapatoria posible. Como “Las aguas revueltas/ (que) Suben y bajan/ Por el río cerrado” /, así ambulamos.

Al final, viene el desastre, del que el poeta rinde testimonio: “Bajo los árboles vi muchos pájaros/ Y a los flecos de otros/ Colgando de las ramas” /. El desastre, sin embargo,

el cataclismo es inherente a la naturaleza, porque inherente a ella es el cambio. Y el desastre es solo una forma extrema de este. Antiguas galaxias, ahora, son polvo cósmico. Y las innumerables generaciones humanas, polvo sobre polvo. Por eso, dice el poeta:

CIII

El polvo cubre al polvo
 Que todo lo tapa
 Que todo lo entierra

Y, sin embargo. Y, sin embargo. La felicidad es posible, porque es sumersión en el instante, tal como se expresa en el poema CXXIX: “De nuevo esos pies femeninos/ Cuyas rosas blancas/ Remontan la noche y el frío” /.

Nada dura eternamente. Y si por un momento es posible distraerse del dolor más grande, “incluso - como escribía el poeta polaco Zbigniew Herbert- cuando se ama



mucho a alguien, a veces sobreviene el olvido”.

Ver sin prevención es una de las apuestas del último libro de Fabián Guerrero. Un intento de ajustar su poesía no a un modo de ser, predominante o subordinado en la personalidad del yo poético, sino a la experiencia instantánea, que siempre es diversa. Y que está abierta tanto al dolor como a la felicidad, que es, como quiere la sabiduría oriental, fusión con el mundo. Es decir, pérdida del yo.

Fundirse o separarse. Expresar la angustia o la felicidad serena de la contemplación, esta es la disyuntiva. Ortega y Gasset consideraba que la retórica no es una cuestión de tropos y palabras. La retórica, en sentido negativo, es, para el filósofo español, “no ser fiel a sí

mismo, la hipocresía en arte”. Y Fabián Guerrero teme caer en el pecado de la retórica traicionándose a sí mismo. Pero ese sí mismo que teme traicionar es solo el que ha dominado su modo de decir y ver el mundo en su obra anterior. No es, por tanto, su yo total. Todo ser humano es, unas veces, la síntesis de los múltiples yoes que lo conforman y, otras, uno de ellos, que por circunstancias diversas sale a flote y se impone a los otros.

En cualquier caso, la puerta está abierta. Solo el poeta sabe si va a seguir el camino que ha iniciado con este libro, eligiendo, sin sentimiento de culpa, ese otro que también es. Y cuya escritura es comunión.

Fernando López Milán



Doble sentido

* **Fernando López Milán.** Doctor por la Universidad de Salamanca. Docente y Director del Instituto de Posgrados de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Central del Ecuador. Premio Jorge Mantilla Ortega en la categoría Periodismo de opinión (2019).


Doble sentido